

FE ENCARNADA, HECHA CULTURA Y ESTILO DE VIDA EN LAS MUJERES NOVOHISPANAS

Es un capítulo bastante desconocido de nuestra historia cultural hispanoamericana el del papel que en ella desempeñaron las mujeres. La historiadora Josefina Muriel se ha consagrado a escribir parte de ese capítulo: el que se refiere a México. Nos ha dado a conocer, en obras publicadas en estos últimos años, la capital contribución femenina a la cultura de los siglos XVI, XVII y XVIII en la entonces llamada Nueva España. Gracias a sus trabajos, se nos abre un vasto y rico panorama, digno de ser contemplado.

Si España llamó *Nueva España* a aquel territorio que hoy es México, fue porque se propuso trasladar allí, sin regateo alguno, lo esencial de su espíritu y civilización. Lo primero era la fe cristiana, y ésta era una fe encarnada: un estilo de vida, un modo de pensar y de sentir, valores enraizados y condensados en costumbres e instituciones, sintetizados en obras literarias y artísticas. Asistimos en aquellos siglos a una *inculturación*, a un aporte o donación que se justificaba por la eminencia acordada al valor de la fe y por la consecuente superioridad de la cultura por ella animada. De no ver las cosas así, sólo podrá hablarse de una *aculturación*, de un mero despojo cultural, tanto más lamentable cuanto mayor sea la nostalgia despertada por la pérdida de la previa cultura indígena.

Para apreciar objetivamente lo que se perdió y lo que se ganó, echaremos una mirada a las mujeres mexicanas, tanto a las indígenas como a las criollas, dejándolas hablar, en lo posible, a ellas mismas.

LAS INDÍGENAS, ANTES Y DESPUÉS DE LA EVANGELIZACIÓN

Existen datos sobre algunas mujeres pre-cortesinas en la *Crónica Mexicáyotl*¹. Así la legendaria Malinalxóchitl, que durante las peregrinaciones rituales, se vuelve hechicera, mujer mala que come los corazones y pantorrillas de los hombres, los embauca, adormece y aparta del buen camino y tiene tratos con arañas y escolopendras. Su personalidad es exaltada por haberse sobrepuesto al abandono de que fue víctima por parte de su hermano, el famoso Huitzilopochtli, por haber tenido un hijo del rey Chimalcuauhtli en medio de su azarosa vida y por dar nombre al lugar de Malinalco. Se menciona también a Chimalma, la madre de Huitzilopochtli, quien, tras la peregrinación ritual, "muere devorada por su propio hijo que la degüella y come su corazón". Otra es la hija de Achitómetl, señor de Culhuacán, pedida como esposa por Huitzilopochtli, la cual al llegar a destino encuentra, no el lecho nupcial sino la muerte ordenada por su esposo, mandando a los sacerdotes: *Matad, desollad, os ordeno, a la hija de Achitómetl y cuando la hayáis desollado, vestidle el pellejo a algún sacerdote;* y este suceso enciende la guerra entre los mexicanos y los culhuacanos. Si bien se trata de figuras legendarias, ilustran el tenor de vida de las princesas indígenas en esa civilización; una de las más altas en la América pre-colombina, cuya organización política y progresos técnicos no bastaron para desarraigarse del corazón humano las consecuencias del pecado original que, culturalmente, se concretaban en los rituales sacrificios humanos y en el disponer de la vida de la mujer. Y cuando vemos aparecer a alguna de ellas con el pincel en la mano, sabemos que se trata de una escribiente que, en el sistema por ellos alcanzado de escritura pictográfica con silabismo incipiente, hace el registro de los acontecimientos públicos (nunca íntimos y personales como veremos que harán luego las indias bautizadas). Incluso en las efusiones poéticas de una mujer que quedaron registradas en náhuatl -al ser transcritas posteriormente al alfabeto-, lo que cuenta es épico: Macuilxóchitzin, la poetisa, canta las batallas del rey Axayácatl. No es de extrañar que estas indias aguerridas hayan participado en las luchas contra los conquistadores, por lo que las ponderan los cronistas espa-

1. De Fernando Alvarado Tezozómoc, México, 1975.

ñoles. y hasta dice fray Matías de Escobar: *Cada india chichimeca es en el valor una invencible amazona de América*².

No es que carecieran las indígenas de cualidades específicamente femeninas, sólo que no aparecen consignadas. En cambio, el franciscano Bernardino de Sahagún las valora y recoge escenas de mujeres aztecas dedicadas a sus hogares, ponderando sus virtudes. Sobre esta base natural trabajaron los misioneros que fueron llegando a partir de 1522. Apórtaron la fe y en pocos años, *al mezclarse las razas y las culturas, las hijas de los caciques hablarán en otros tonos y de otras cosas*³.

Las mujeres indígenas al convertirse, no sólo aparecen como madres de familia transmitiendo la fe cristiana a sus hijos; sino también (tanto indias como mestizas) se acogen a las instituciones religiosas que se van fundando, ya sea recogimientos para niñas, ya beaterios o conventos en que las adultas viven los consejos evangélicos. Dos nietas del último emperador azteca Moctezuma, doña Isabel y doña Catalina Cano Moctezuma, fueron monjas en el Real Convento de la Concepción y luego pasaron a fundar, junto con otras criollas, el de Santa Clara, convirtiéndose allí en maestras de vida religiosa. Desde los albores de la evangelización, los cronistas franciscanos, como fray Jerónimo de Mendieta, fray Agustín de Vetancourt y fray Toribio de Benavente Motolinía⁴; hablan de mujeres indígenas que se distinguieron por su fe, piedad, caridad y honestidad; ponderan su celo por divulgar el Evangelio y la ayuda que prestaron a los misioneros; comportándose —dicen— como *las santas mujeres de la primitiva Iglesia*; elogian a las casadas y a las vírgenes, destacándolas de entre la poligamia reinante. Estos son los primeros frutos de la *inculturación*, sólo posible al *aculturarse* los aspectos negativos de la vieja civilización: la poligamia y el culto cruento a sus dioses. Conocemos los nombres de varias de estas indias pues los misioneros las citan como "modelos de mujeres cristianas": Clara María, Ana de la Cruz de Tlatelolco, la niña Francisca de Tlaxcala, Ana Cozál, etc.; son niñas y mujeres que

-
2. En *Americana Thebaida de la provincia de San Tolentino de Michoacán*.
 3. Josefina Muriel, *Cultura femenina novohispana*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1982, p. 14.
 4. Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*; Agustín de Vetancourt, *Crónica de la provincia del Santo Evangelio de México*; Toribio de Benavente Motolinía, *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España*.

rodearon a los Doce evangelizadores franciscanos, así como al primer obispo fray Juan de Zumárraga.

Con el correr del tiempo, en los pueblos aztecas que asumieron la fe, las familias se fueron consolidando cristianamente y en las de los caciques y principales, los padres se preocuparon de enviar a sus hijas a recogimientos y conventos para completar la educación cristiana que ellos mismos habían iniciado. Encontramos varios ejemplos en una crónica escrita por "indias-caciques" en el siglo XVIII⁵. Entre varios otros, se habla de *don Lázaro Pérez de los Santos* y *doña Nicolasa de la Concepción*, ambos caciques y nobles de su nación (Puebla), los cuales fueron muy estimados por sus cristianos procedimientos, y cuya hija, al presentarse a pedir el hábito, dio pruebas del cuidado y desvelo con que había sido instruida en casa de sus padres en buenas costumbres, doctrina, temor de Dios, modestia y humildad, devoción y ejercicios de piedad⁶. Se habla también de otros padre y madre caciques tan "atentos a la educación de sus hijas" que determinaron enviarlas desde su pueblo de Tlajomulco a Guadalajara para confiar las niñas a una religiosa modelo del convento de Santa María de Gracia⁷. Y en este caso la crónica pinta también la alegría de sus padres, parientes y todo el pueblo al saberse que una de esas educandas iba a entrar en religión, y el pintoresco cortejo con que la enviaron al convento:

Dispuso el padre el viaje, y como era acomodado en bienes de fortuna, quiso que fuese conducida la hija con toda seguridad y lucimiento... para que transitase por aquellas vastas y desiertas tierras sin los peligros que son ocasionados por la cercanía de indios bravos. Asalarió una competente comitiva de indios mecos, mansos, que armados de arco y flecha, hacían escolta para la defensa, llamando al mismo tiempo la atención para averiguar el motivo de aquel extraño acompañamiento, tan extraño que, pareciendo resguardo, tenía visos de triunfo⁸.

Aquí, en pocas palabras, se nos está dando un pequeño cuadro de la vida mexicana en el interior: el pueblo indígena civilizado, de costumbres cristianas, que valora la vida religiosa; el trayecto

5. *Apuntes de varias vidas de las religiosas que han florecido en virtudes en este convento de Corpus Christi de indias caciques.*

6. *Id.*

7. *Id.*

8. *Id.*

inseguro a causa de otros grupos indígenas, aún no convertidos; y la solución del cacique, un cortejo defensivo a la vez que triunfal.

Por otra parte, la obra misma de donde extractamos este relato constituye de por sí un índice del alto nivel cultural alcanzado por las mujeres indígenas de noble categoría social, a las que se llama "indias caciques". No sólo se muestran capaces de escribir en perfecto castellano estas biografías, sino que manifiestan en ellas una singular comprensión de la cultura humanístico-cristiana, un delicado discernimiento del alma con sus vicios y virtudes, y sobre todo una extrema valoración de la vida espiritual. Estas indias-caciques habían conseguido consagrarse por completo a ella en un instituto propio, tras un siglo y medio que podríamos llamar preparatorio. Hasta entonces, sólo se habrían educado o profesado en colegios, recogimientos y conventos de criollas. Pero desde fines del siglo XVII fundaron el Convento exclusivo para ellas: el de *Corpus Christi* de Puebla. En el siglo siguiente escribieron las *Vidas* de sus religiosas destacadas por su santidad. Lo que más impresiona en esta obra es la profunda religiosidad, propia del alma indígena, pero convertida a la fe, una religiosidad enamorada de Cristo, su Salvador. Ellas tienen conciencia del don recibido y lo agradecen con conmovedores acentos. Cuentan por ejemplo, de Sor Antonia Pérez de los Santos:

Rezaba su santo rosario con singular devoción y afecto y muchas veces la consideración de sus grandezas la transportaba en una especie de gozo embriagante, arrebatábala su corazón, con especialidad el privilegio de haber sido preservada de la culpa original, y tanto que sin poderse contener prorrumplía repentinamente cantando la *Tota Pulchra* que usa la religión seráfica (la Orden franciscana)... Pero cuando manifestaba Sor Antonia los impulsos de su enamorado corazón, era en la Noche de Navidad... Sabía cantar muy bien porque tenía buena voz y tocar vihuela, y valiéndose de estas gracias para celebrar el misterio dulcísimo del nacimiento del Hijo de Dios, pasaba toda la noche como embriagada, y en verdad que lo estaba, pero del amor divino... No descansaba un punto, porque la vehemencia del gozo interior de que estaba poseída, con la contemplación de ver al Verbo hecho carne, por la salud del mundo, no se lo permitía... Admirada, regocijada, la venerable Sor Petra, abadesa del mismo convento, de ver repetidas en aquel pobre convento y en una pobre indita hija de nuestro padre San Francisco, las santas locuras en que prorrumplía en semejantes noches, el inflamado espíritu de éste, le decía: "¡Sor Antonia, su caridad es semejante a la de nuestro padre San Francisco, el loquillo de Belén!"...

¡Bien podían darse por contentos aquellos doce franciscanos que iniciaron la evangelización de los aztecas con aquellos *Coloquios* en que trayéndoles la noticia del Redentor, los invitaron a abandonar sus idolatrías⁹ ¡Feliz aculturación para tan superior y exquisita *inculturación*! ¡Y qué asombro hubieran tenido esas *indias-caciques* si por entonces hubieran oído lo que se oye hoy sobre la pérdida cultural! Hay un párrafo, en estas *Vidas*, que parece haber sido escrito de antemano para responder a dicha objeción. Dice a propósito de la india Sor María Felipa de Jesús, que sus dotes naturales se habían acrecentado con el cultivo de la fe:

Sabido es que la FE es el fundamento de toda perfección cristiana y que al paso que ella crece y se radica más en el alma, se aumenta el escuadrón de las demás virtudes, y así, habiendo sido tan crecidas las de Sor Felipa, bastará para formar argumento de la grandeza de su fe, tomar por antecedente lo adelantada que fue en todas las demás virtudes. Era cosa de gustosa admiración el mirar los destellos que despedía esa virtud... Apreciaba ella tanto esa virtud (la fe) que regularmente andaba ocupada en actos de agradecimiento a Dios por haberla traído al gremio de la Santa Iglesia. Con semejantes sentimientos daba siempre principio a las oraciones y demás ejercicios espirituales; y considerando los medios con los que la Divina Providencia la había traído a la religión cristiana, se transportaba toda en el amor divino. Discurría para sí que esta felicidad le había venido por haberse efectuado la conquista de estos reinos, por lo que daba gracias a Dios. Pero al mismo tiempo, atendiéndole a que según causas naturales dependía la gracia de ser cristiana, se llenaba de pavor y miedo, lloraba la infelicidad de los gentiles sus antepasados y se decía a sí misma: "Yo soy cristiana por la gracia de Dios y hará trescientos años ¿qué eran mis abuelos, mis ascendientes? ¡Ay, de lo que me libró Dios!" En consecuencia de tanta estimación de la fe, eran los actos que hacía de esta virtud, firmes, vivos y afectuosísimos, y de aquí le venía la muy singular devoción con que rezaba el Credo y repasaba la doctrina cristiana todos los días, como es práctica en este convento, principiada desde su fundación¹⁰.

En verdad, no podría expresarse de una manera más rotunda, convencida y apasionada, el agradecimiento por la gracia de la fe que les llegó a los indios idólatras desde el viejo Continente. Hay aquí más que una justificación de la conquista: hay una exultación, una felicidad y un gozo que a nosotros, cristianos del siglo XX con-

9. Fray Bernardino de Sahagún, *Coloquios de los doce*, en: J. G. Durán, *Monumenta Catechetica Hispanoamericana*, v.I, ed. UCA, 1984.

10. O.c., *Apuntes de varias vidas...*

vocados a una "nueva evangelización", ha de servirnos de estímulo: Para estas monjas indias del Convento de *Corpus Christi* (no sólo Sor Felipa sino la escritora y toda la comunidad que avala el escrito) la fe de la Iglesia Católica no era ni cosa opinable ni vivencia meramente íntima ni cuestión de cultura ambiental, sino la causa y fundamento de la felicidad, causa *sine qua* non para todos los hombres de todos los tiempos y lugares. Estas indias no sólo lo agradecen la fe a Dios y a los que fueron sus instrumentos, sino que con toda conciencia la confiesan en el Credo y la reafirman en su contenido dogmático repasando la *Doctrina Cristiana* como base indispensable para traducirla en las obras, para transmitirla y para difundirla.

UNA MUJER CRIOLLA QUE HACE TEOLOGÍA DE LA "INCULTURACIÓN"

Si las indias estiman la llegada a estas tierras de los españoles por medio de los cuales recibieron el don inestimable de la fe, hay una criolla que notablemente profundizó la cuestión del encuentro de las dos culturas, la de los españoles y la de los aborígenes, que se atrevió a ponerse en el pellejo de unos y de otros, que luego, con visión histórico-bíblica-teológica, analizó sus respectivas posiciones, y llegó a lúcidas conclusiones. Esta criolla fue Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695), justamente celebrada por su erudición universal, su formación humanística y su eximia calidad literaria. Para ella, el encuentro de los españoles y los indígenas americanos no es un hecho fortuito: forma parte del plan providencial de Dios. Lo que sucedió en México, su patria, lo ve como un episodio importantísimo que hace avanzar en el mundo la acción salvífica de Cristo que Él encomendó a su Iglesia. Su interpretación teológica se inserta en la tradición iniciada por San Agustín en *La Ciudad de Dios*. Así como el Obispo de Hipona describió aquellas cualidades naturales del pueblo romano que lo dispusieron a recibir la fe, y analizó los valores de su cultura de raíz griega que eran rescatables y que de hecho la Iglesia empapó en adelante con la fe, haciéndolos llegar a su plenitud; así esta "Agustina americana" supo discernir algunos rasgos de la religiosidad de los aztecas que los predisponían a acoger el cristianismo y alcanzar con él aquella profunda vida espiritual que hemos visto en las "indias caciques".

Este es el tema de su auto-sacramental *El Divino Narciso*¹¹. En la loa o preámbulo dramático al auto propiamente dicho, Sor Juana señala que, por ejemplo, el culto al "dios de las semillas", Huítzilopochtli; prefiguraba al culto eucarístico. Aquel ídolo hecho de semillas al que había que inmolar sangre humana para participar luego en el banquete sacrificial, obtener buenas cosechas y, con ellas, una mejora de sus propias vidas, le aparecía como un burrito burdo del Dios humanado que en una hostia hecha de trigo ha perpetuado su presencia en el mundo, renovando su entrega sacrificial por los hombres, a quienes alimenta y vivifica en el banquete de la Eucaristía. El bárbaro cruento rito que exigía sacrificios humanos y antropofagia puede repugnar a un espíritu cristiano, y sin embargo Sor Juana muestra a éste representado en el personaje abstracto *Religión*, entablando un diálogo con los indios mexicanos en el que intenta mostrarles que en su rito asomaba bajo cortinas supersticiosas y desfiguraciones demoníacas, el auténtico sacrificio redentor. Los indios, que poco antes habían proclamado su adhesión al dios de las semillas, empiezan a ceder, se interesan y piden más explicaciones. Estas les son dadas mediante el auto-sacramental propiamente dicho. Los indios piden saber la vida y muerte de ese gran Dios que estar en el Pan afirmas, y *Religión* propone:

Pues vamos. Que en una idea
 metafórica, vestida
 de retóricos colores,
 representable a tu vista,
 te la mostraré; que ya
 conozco que tú te inclinas
 a objetos visibles más
 que a lo que la Fe te avisó
 por el oído. Y así
 es preciso que te sirvas
 de los ojos para que
 por ellos la Fe recibas
 Sus misterios
 de un Auto en la alegoría
 quiéro mostrarlos visibles...

Es notable la alegoría o metáfora que elige: el mito griego de Narciso¹². Mas *Religión* explica el por qué:

11. Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, III, *Autos y loas*, México, 1955, pp. 18-19.
12. Así como Narciso se había enamorado de su propia imagen, así "el Divino Narciso, que es el Verbo, está enamorado de su imagen, que es la Naturaleza

Divino Narciso, porque
 si aquesta infeliz^a tenía
 un ídolo, que adoraba
 de tan extrañas divisas,
 en quien pretendió el demonio
 de la Sacra Eucaristía
 fingir el alto Misterio,
 sepa que también había
 entre otros Gentiles, señas
 de tan alta Maravilla.

Resulta claro que Sor Juana, buena humanista, se acoge a la visión de los Padres de la Iglesia que interpretaron muchos de los mitos paganos como anticipos o figuras de la historia evangélica y de los misterios de la fe. Así como los Padres tenían ante los ojos la cultura de aquella primera gentilidad de donde ellos provenían, así ella, criolla, trata de comprender a sus antecesores mexicanos. Pero no sólo les hace saber a los indios que antes hubo otros como ellos que buscaban entre sombras e imágenes al Dios verdadero. También a los españoles, herederos del paganismo romano, es como decirles: *comprended a éstos, así como a vosotros os comprendieron antes; la fe es una gracia que habéis recibido antes de poder transmitirla*. En efecto, la autora subraya por boca de su personaje Religión que el auto va a representarse

en la coronada Villa
 de Madrid, que es de la Fe
 el Centro y la Regia Silla
 de sus Católicos Reyes,
 a quien debieron las Indias
 las luces del Evangelio
 que en el Occidente brillan.

Así queda todo justamente valorado: España, como introductora del Evangelio en América y América recibéndola del mismo modo con que la recibió la vieja Hispania. El encuentro de los dos mundos, el de los hispanos y el de los indios, queda señalado y

Humana, como lo enseña el Génesis. El drama surge al degradarse la Naturaleza Humana por el pecado original. Irrecónocible ella, invisible El, ambos se buscan en vano hasta que el Verbo se encarna, muere sacrificialmente y restituye a la Naturaleza Humana su perdida gracia. Entonces la Esposa se une al Esposo en el Sacramento del Altar. Esto revela el significado del antiguo tenebroso culto al dios de las semillas.

sellado por el paralelo del mito griego y el mito azteca, apuntando ambos, entre *sombras e imágenes*, a una misma realidad, a un mismo hecho salvífico. Y así también las dos evangelizaciones, la de Hispania y la de América, resultan vinculadas: son dos episodios de un mismo desarrollo histórico de evangelización dentro del plan que la Providencia dispuso para la salvación de la humanidad.

No hubiera podido concebirse un drama como éste sin una honda visión teológica de la historia, sin la tradición humanística que trajo la España Renacentista y luego Barroca a estas provincias americanas, y sin el conocimiento de lo ocurrido al ser evangelizada la nación azteca. En cuanto a esto último, la erudita monja sabía que la entrada de Cortés había sido precedida, como lo mandaban los Reyes de España, por un *requerimiento* a los aborígenes de aceptar la fe. Al ser rechazada, se realizó la conquista armada (todo lo cual es representado en la loa). En seguida, Cortés convocó a los sacerdotes indios a escuchar a doce misioneros franciscanos. Tuvo lugar entonces un diálogo, consignado por fray Bernardino de Sahagún en sus "*Coloquios de los Doce*"¹⁴. En él se basa Sor Juana para hacer dialogar a los personajes de la loa, en la que prácticamente sucede y se expresa lo mismo. Lo que ella pone es la armazón dramática, sus personajes alegóricos; y en cuanto a la presentación visual que hace de la historia de la salvación y las verdades de la fe (como promete *Religión* en los versos antecitados), no es del todo producto de su fantasía de dramaturga, ya que los misioneros se valían de imágenes para hacerse comprender de los indígenas, e incluso compusieron catecismos pictográficos¹⁵. Sor Juana no inventa, sino trabaja los datos de la historia y los revalora gracias a su visión teológica para la cual la fe es el mayor bien que les ha venido a los hombres. Por eso les hace decir a los indios:

¡Digámonos qué ya
conocen las Indias
al que es Verdadero
Dios de las Semillas!
Y en lágrimas tiernas
que el gozo destila,
repitan alegres con voces festivas:
¡Dichoso el día
que conocí al gran Dios de las Semillas!

14. O.c., *Coloquios de los doce*.

15. Cf. o.c. de J. G. Durán, *Monumenta...*

Esta valorización de la presencia de España en América por su aporte del gran bien de la fe, es continuada por Sor Juana en otro autosacramental: *El cetro de José*. En su loa los indios están simbolizados por el personaje *Naturaleza Humana*, que empieza así:

En buena hora, ¡hermosa Fe!,
llegues a mi humilde casa...¹⁶

Y en el diálogo que sigue con el personaje Fe subraya la ganancia inmensa que significa completar con la ley de gracia todo lo bueno que antes había en ella por obra de la ley natural: el restablecimiento de la entera dignidad de la *Naturaleza Humana* y del matrimonio monogámico, y éste enaltecido por el sacramento.

Además, Sor Juana contribuyó a la comprensión y profundización de los dogmas de la fe por medio de sus villancicos. En la segunda mitad del siglo XVII, cuando ella los compone, la sociedad ya estaba transformada e integrada por criollos, indios, mestizos, negros y mulatos. A este pueblo mexicano ella le da la oportunidad de gustar las verdades cristianas en versos atractivos, con música a la que estas gentes eran muy aficionadas. Veamos cómo.

Los villancicos eran poemas populares que se cantaban entonces en las catedrales intercalándolos en los matines o vigiliias de las fiestas importantes. Como tales matines están compuestos de tres nocturnos, cada uno con sus salmos, lectura y responsorios, en latín, la inclusión de los villancicos tenía por objeto hacerle entender al pueblo lo que se celebraba y participar de la alabanza divina. Esto se ve por ejemplo cuando el villancico llama:

Vengan a ver una apuesta,
vengan, vengan, vengan,
que hacen por Cristo y María
el cielo, y la tierra.

¡Vengan, vengan, vengan!

El cielo y tierra este día
compiten entre los dos:
ella, porque bajó Dios,
y él, porque subió María...

Se trata de este caso de la fiesta de la Asunción de María. En otros casos, de la Inmaculada Concepción u otras fiestas. Estas obras les eran encargadas a los mejores poetas por la catedral, ya de

16. O.c. de Sor Juana, *Obras...*

Puebla, ya de México, etc.; y la música a los mejores compositores. El resultado eran obras de carácter popular pero de alta calidad teológica, poética y musical, que contribuían, por eso, a elevar el nivel de las gentes que se veían atraídas, como ya dijimos, por sus virtudes de llaneza y arte. Además, el pueblo se sentía interpretado y partícipe, al incluirse partes coloquiales, no sólo en castellano, sino en náhuatl y en los distintos dialectos de los mestizos, negros y mulatos, llenas de dichos típicos. En los Villancicos de Sor Juana, por ejemplo, aparece la Virgen una vez como si fuera una maestra de música que en el cielo da clases a los ángeles (y de paso enseña la escala musical); otra vez como candidata a un doctorado en la Universidad (recordemos la importancia de la vida universitaria en México), disertando sobre la caridad, la gracia y la Encarnación. Estas materias, son presentadas como vividas por ella, y por tanto con un carácter cotidiano de aplicación inmediata; en otra ocasión para describirla tal como en la visión apocalíptica de *la mujer vestida de luz*, la hace aparecer como una heroína de novelas de caballería (género entonces muy gustado):

¡Allá va, fuera, que sale
la valiente de aventuras,
deshecedora de tuertos,
destrozadora de injurias!

Lleva de rayos del sol
resplandeciente armadura,
de las estrellas el yelmo,
los botines de la luna;
y en el escudo luciente
con que al infierno deslumbra
un monte con letras de oro
en que dice *Tota Pulchra*...

Otra vez presenta a María como la que pisa la cabeza a la serpiente y nos libra a nosotros de su veneno. Entonces, asociándola a la letanía que la llama *Salud de los enfermos*, hace una descripción de la acción curativa de Cristo a través de la Virgen, comparándola a las hierbas medicinales de uso corriente:

Hace con ella milagros
de curas tan peregrinas,
que es *Hierba Sánalo-todo*
según a todo se aplica.

Dicen que es la *Hierba-buena*
los que despacio la miran,

pero El por nombre le ha puesto
la *Hierba Santa María*.

Otros que es la *Hierba-santa*
dicen, que sola, se libra
de la infición que de Adán
nos hizo la manzanilla.

Otros, que es la *Coelidonia*,
por lo que aclara la vista;
y otros dicen que es la *Salvia*,
porque la lengua habilita.

Otros, por su gran virtud,
que será *Romero* afirman;
y otros, por la incorrupción,
dicen que es la *Siempre-Viva*...

Al leer tales ocurrencias, uno se queda pasmado de la creatividad de estos poetas cristianos, y no sólo de ellos, sino de la de los obispos que las promovían. Así fue la Iglesia de entonces, así el Barroco americano: universal y católico y simultáneamente animador de lo singular, lo típico y lo popular. Por eso, al aunarse ambas características, un alto nivel teológico y un lenguaje muy viviente y accesible, y también artístico, al servicio del pueblo de Dios, lo elevaba inculcándole una alta cultura impregnada de fe.

LAS MUJERES CASADAS

La fe se había vuelto cultura y estilo de vida. Ambas cosas son inseparables. De esta cultura barroca impregnada de fe se nutrían las mujeres de todas las clases sociales, unas más y otras menos, y sus altos valores inspiraron su estilo de vida. Algunas de ellas contribuyeron a dicha cultura con obras literarias, como es el caso de Sor Juana y de otras menos conocidas; pero todas estimaron y practicaron a su modo los valores cristianos que se concretaban tanto en la vida matrimonial y familiar como en la educacional, universitaria y conventual. Por eso, observa Josefina Muriel:

Al lado de los grandes palacios se levantan fastuosas iglesias, se construyen más conventos que coliseos de comedias, y por ello también los artistas dejan sus mejores obras en la imaginería sacra o en la temática religiosa de sus pinturas. Son esas gentes que en tal modo conciben la vida las que hacen esas ciudades de toda la Nue-

va España, son ellas las que crean desde sus cimientos la gran ciudad de México.

A esta elogia el poeta Bernardo de Balbuena en su *Grandeza Mexicana* llamándola "la flor de las ciudades"¹⁷:

¿Qué pueblo, qué ciudad sustenta el suelo
tan lleno de divinas ocasiones,
trato de Dios y religioso celo
de misas, indulgencias, estaciones,
velaciones, plegarias, romerías,
pláticas, conferencias y sermones?

Balbuena pondera también las virtudes de ese pueblo: "caridad viva", "fe", "devoción", "limosnas grandes", "nobles costumbres"; y hasta sus "gentes pecadoras pero corregidas"... La corrección no es posible sin un ideal: éste es el que orienta, el que mueve y levanta de las caídas. El ideal cristiano de vida se transmitía en las familias por medio del ejemplo, del catecismo, y de las lecturas que se hacían en las veladas, (en especial el Evangelio y las vidas de santos).

No es de extrañar que en los siglos XVII, XVIII, y hasta principios del XIX se publicaran muchas biografías de mujeres casadas, criollas ejemplares, madres de familia y promotoras de obras sociales y caritativas. Son muchas, están escritas por personas de renombre (catedráticos, oradores, escritores); van presentadas con aprobación de los obispos y de los virreyes; costean su publicación tanto los obispos como los parientes, amigos y vecinos, poco después de la muerte de las mujeres admiradas. Esto revela que las vidas de mujeres ejemplares interesaban a toda la sociedad. Observa al respecto la historiadora Muriel:

Con frecuencia habíamos aceptado la idea de que en aquellos tiempos las mujeres ocupaban un lugar secundario y sin importancia, y esto no es posible sostenerlo ahora. Hoy solo podemos decir que ocupaban un lugar diferente al que hoy tienen. Los escritores del virreinato nos están mostrando con estas obras, a las que dedicaron en ocasiones años de trabajo, que la vida de ellas les importaba mucho, que las valoraban como parte constitutiva de esa sociedad en la que unos y otras estaban unidos en origen y destino. Ellas eran complemento indispensable y activo... como educadoras, compañeras, consejeras, madres, monjas que rezan por ellos. Ellas hicieron un estilo de vida, transformaron al aventurero en colonizador, enraizaron la Nueva España... siendo "gloria de América" y exponentes de lo que España pudo enseñar al mundo.

17. B. de Balbuena, *Grandeza Mexicana*, México, UNAM, 1954.

Al proponer a esas mujeres como modelo, se ve el deseo de que este tipo de vida continúe en pro de la estabilidad, paz y mayor justicia de una sociedad que, por diversificarse en distintas clases sociales, necesitaba aminorar diferencias y ensamblar los distintos estamentos con los lazos de la caridad cristiana. Y esto es justamente lo que encomian estas biografías: la caridad de estas mujeres casadas, su modestia y humildad aun en medio de riquezas, su dedicación personal a los menesterosos, sus fundaciones de hospitales, escuelas, recogimientos de mujeres abandonadas o minusválidas... Gracias a ellas se enseña que se puede ser rico sin ser avaro, ser rico y ser justo, poseer fortuna y ser con ella tan sólo el administrador de los bienes de los pobres¹⁸.

La fe de estas mujeres casadas se proyecta en sus obras de misericordia evangélica, así como en su vida espiritual —de oración, que en algunos casos llega a la contemplación mística— y en los hijos que educaron: destacados intelectuales, religiosos, misioneros, fundadores y fundadoras de conventos y obras pías.

En cuanto a los estudios femeninos, lo básico era la lectura, la escritura, las matemáticas elementales (muy necesarias para la administración del hogar y de las instituciones), la música y las labores. Este aprendizaje elemental se realizaba en escuelas llamadas amigas, o en las de los beaterios y conventos, lo que en general requería un nivel económico alto, pues por entonces significaba ayuda de sirvientes para tener tiempo. Pero en las biografías se ve que no era de la riqueza de donde brotaba el amor al estudio, ya que muchas mujeres consiguieron aprender sin recursos. Si bien no pasó en la Nueva España como en España, que las mujeres fuesen admitidas en la Universidad, algunas estudiaron latín con maestros particulares y otras lo hicieron por su cuenta. El latín las habilitaba para ampliar sus lecturas, con libros que hallaban en las bibliotecas de sus casas o que les prestaban. Sor Juana, por ejemplo, se "tragó" todos los volúmenes de la biblioteca de su abuelo, y más tarde siguió leyendo en la corte virreinal y sobre todo en el convento de jerónimas adonde profesó para dedicarse por entero al estudio y donde instaló su biblioteca, que llegó a sumar cuatro mil ejemplares. Allí le enviaban los libreros cuanto obra salía aquí o llegaba de Europa; allí tenía coloquios con los hombres más sabios, que a su vez la buscaban para intercambiar ideas.

18. J. Muriel, o.c., pp. 41-43.

Por los registros de naves y catálogos de bibliotecas públicas y privadas; conocemos lo que era posible leer: poetas griegos y latinos; poetas y dramaturgos españoles de los Siglos de Oro; libros de caballería; romances y colecciones de poemas; gramáticas y retóricas castellanas y latinas; crónicas y obras de historia antigua y moderna; obras teológicas y filosóficas de todos los tiempos hasta la actualidad (Sor Juana conocía a Descartes); tratados de aritmética y música; catecismos y manuales de doctrina cristiana; los Padres de la Iglesia circulaban profusamente: San Jerónimo, San Agustín, San Ambrosio y San Gregorio Nacianceno, así como los clásicos cristianos españoles: fray Luis de León, fray Luis de Granada, Santa Teresa de Ávila, San Juan de la Cruz, beato Juan de Ávila, María de Jesús de Ágreda. Obras muy leídas, de gran importancia para la formación femenina, eran la *Instrucción de la mujer* del humanista Luis Vives y *La perfecta casada* de fray Luis... Y por muchos testimonios de la época (comedias y otras obras) sabemos que, por no tener una vida activa fuera de casa, las mujeres disponían de más tiempo que los varones para leer.

De hecho —constata Muriel— nada quedaba fuera de su alcance y al igual que el varón, dependía de cada una el ir más o menos lejos en ese camino. Lo diferente respecto de aquél era que la cultura femenina solía quedar en un plano íntimo, no público¹⁹.

No obstante, muchas damas participaban en los certámenes poéticos que con frecuencia organizaban la Universidad de México, la Audiencia, o la Catedral, u. otras instituciones. No sólo participaban, sino ganaban, así conocemos sus composiciones, editadas después de haber sido públicamente laureadas en los actos y fiestas a que dichas justas literarias daban lugar, a las que acudía toda la sociedad. En sus poemas, las mujeres no sólo demuestran soltura en el manejo de la lengua y formas poéticas, sino que, hacen gala de erudición humanística, de rutilante barroquismo y hasta de humor, picardía y gracia, en las observaciones de lo cotidiano y pintoresco ambiental. Es el caso, por ejemplo, de la *Relación* escrita por doña María Estrada Medinilla con motivo de la recepción de un virrey en 1640, donde describe las gentes, los trajes, las calles profusamente engalanadas, el decorado del arco de la catedral; y en todo ello muestra un orgullo de criolla novohispana; orgullosa de su Universidad, de sus instituciones, de sus órdenes religiosas y jerarquía eclesiástica, de sus damas y caballeros, ponderando:

19. *Id.*, p. 22.

gloriosamente ufana
iba la gran nobleza mexicana...

Orgullosa de sus producciones artísticas, arquitectónicas, de clara:

honor maravilloso
fue de américo suelo lo ingenioso...²⁰

Esta afirmación nacionalista de lo mexicano le hace exaltar a su ciudad por encima de las metrópolis europeas, pero esto se da dentro de una conciencia de pertenencia al mundo cultural hispano, fuente de su cultura. Nuevamente percibimos aquí el resultado del encuentro de culturas, y si una de ellas prima por lo superior, como es lógico, ha sabido recibir de la otra rasgos nuevos que la enriquecen y especifican. Gracias a este tipo de obras, escritas por damas de la sociedad, sabemos de un ambiente que, inspirado por la fe y los valores cristianos, se mueve muy libremente y se manifiesta muy alegre y chispeante.

LAS RELIGIOSAS

En esta sociedad participan activamente las religiosas: monjas o simples beatas. Hay un intercambio constante entre ellas y las familias de donde provienen y a las que ayudan educando a sus hijas; entre ellas y la sociedad a la que contribuyen recogiendo a viudas, solteras o necesitadas, brindándole música con sus coros y orquestas, rezando por todos. Prueba de este intercambio es justamente el poema que acabamos de mencionar, dedicado por una mujer casada a una amiga monja para describirle una fiesta a la que no pudo asistir, pero en la que se interesa; en otras oportunidades la fiesta se allega a los conventos al pasar los cortejos delante, dando ocasión a las religiosas de leer poemas o cantar coplas con las que se adhieren al regocijo general. La colaboración entre laicos y religiosas se manifiesta incluso en el campo literario: Ya hemos visto que Sor Juana Inés de la Cruz escribió auto-sacramentales encargados por seculares y destinados a los mismos, y que

20. Relación escrita por Doña María Estrada Médinilla a una religiosa monja prima suya, de la feliz entrada en México... del Excmo. Sr. Dn. Diego López Pacheco..., virrey, impresa en México, 1640.

sus villancicos estaban dedicados a la gente de pueblo. Igualmente sucede que las monjas aporten crónicas escritas por ellas a algún gran letrado, como es el caso del *Parayso Occidental* de don Carlos de Sigüenza y Góngora, en que éste no sólo toma datos sino también transcribe párrafos enteros dando testimonio de la admiración que le merecen sus autoras.

Hubo en Nueva México 61 conventos de monjas profesas y unos 40 beaterios de viudas o solteras seculares que allí llevaban vida religiosa y de educadoras. En cada uno de ellos las mujeres tomaban la pluma para hacer la crónica de su respectivo instituto y las biografías de las más destacadas. Las cronistas se van sucediendo, cubriendo los acontecimientos de los siglos XVI, XVII, XVIII, y hasta poco más de mediados del XIX, en que tuvo lugar la penosa ex-claustración por orden del gobierno de Juárez. Van reflejando los sucesivos momentos históricos con visión atenta, desde una perspectiva providencialista. Si bien todas realizaban su tarea por obediencia al mandato de sus superiores, cada escritora revela en su enfoque su personalidad y estilo. Algunas demuestran verdadera calidad literaria en la forma de manejar palabras e imágenes, y hacen gala de su imaginación en los relatos y descripciones. Como estaban tan integradas en la sociedad, ésta se ve verdaderamente reflejada: su organización, sus clases, la educación elemental y la cultura superior; las oportunidades que ellas mismas tenían en sus institutos para desarrollarse personal y comunitariamente en la docencia, en las obras de servicio social como hospitales, orfanatos, ayuda a los pobres, pago de entierros a los necesitados; cómo se ganaban la vida con sus labores de punto, a veces trabajando afuera, en sederías, otras haciendo dulces y empanadas (de paso contribuyendo con sus recetas a la elaboración del arte culinario mexicano; mezcla de tradición española y aportes indígenas); cómo se expresaban en el arte pictórico y en las tallas (en esto último especialmente las indias); su cultivo de la música como cantoras y directoras de coro, como maestras de música, como organistas e intérpretes de variados instrumentos (violín, viola, fagot, arpa, guitarra, vihuela y flauta o chirimías), y algunas como compositoras. También nos refieren su intervención en la construcción de los edificios y templos (muchos de ellos son obras de arte), al encargarlos, financiarlos con sus trabajos y consiguiendo aportes y a veces hasta tomando parte en tareas de albañilería.

Vemos entonces que estas vidas femeninas aparentemente silenciosas eran en realidad muy activas. Hubo entre ellas grandes contemplativas y místicas, y también teólogas, mas la oración y el estudio alternaban con el trabajo. Su empuje emprendedor aparece claro cuando las fundadoras cuentan sus dificultades: cómo hacían oír su voz peticionando a las autoridades civiles y eclesiásticas, las cartas que enviaban a los reyes de España para obtener mercedes, privilegios o donaciones. Estaban muy al tanto de las bases jurídicas que requerían sus fundaciones, y nos describen con detalle la organización y el funcionamiento de sus institutos y obras anexas. Las circunstancias van variando con los siglos. Los relatos de fundaciones en el siglo XVI parecen novelas de aventuras: aparecen mujeres españolas que, viniendo a México, afrontan tormentas, corsarios y naufragios; en los siglos XVII y XVIII las dificultades son menos estrafalarias: convencer a parientes y autoridades, conseguir terreno, casa, etc... Y en llegando a fines del 1700 encontramos un testimonio conmovedor, el de Sor María Bárbara, del convento de la Purísima Concepción, quien nos confía en su Crónica, en 1805:

Comenzó Nuestro Señor a despertar en mí vivos deseos de fundar conventos para que mi sagrada religión se extendiera y hubiera muchas almas que abrazaran a Jesús... Viniéndoseme a la memoria, con mucha vehemencia, las actuales revoluciones de Francia, se renovaron todos mis deseos anteriores con las funestas noticias de haber acabado con todos los monasterios, particularmente los nuestros (carmelitas), y haber dado muerte a los religiosos... Eran mis deseos íntimos restaurar acá lo perdido allá, fundando muchos conventos sin perdonar trabajos ni diligencias...²¹

He aquí una carmelita cabal que, como Santa Teresa en sus días (preocupada por los avances de la herejía protestante), quiere compensar los estragos de una revolución anticristiana con su aporte a una renovada vida religiosa en nuestra América... ¿Quién le había de decir a ella, cómo imaginar, que lo mismo ocurriría en México en 1861? A partir de ese momento todos los conventos, colegios, beaterios y recogimientos quedaron suprimidos por ley, dispersaron sus archivos, y las monjas y religiosas fueron exclaustradas. Hecho lamentable de que nos dan cuenta María Rita de la Preciosa Sangre y Josefa de la Cruz. No acaeció esto sin dolor y

21. Crónica escrita por la Rev. Madre María Bárbara de la Concepción, fundadora de los Conventos del Dulce Nombre de Jesús de Querétaro, y de Jesús, María y José de Valladolid (Morelia).

reacción populares: era lógico, ya que estas instituciones y estas religiosas estaban profundamente arraigadas en la vida mexicana. En efecto, no sólo era muy solicitado el ingreso a dichos establecimientos, muy nutrido el número de religiosas, educandas y beneficiarios de sus obras caritativas, sino también en toda ocasión la sociedad ponía de manifiesto la alta estima que les tenía. Tomemos un último ejemplo: el relato que hace don Francisco de Villarreal acerca de la salida de unas monjas de Toledo, de su viaje y su llegada aquí. Cuando están acercándose a la ciudad de México,

“pobláronse los campos una legua ántes; salieron damas, caballeros, prebendados y la virreina con su familia... Concurrió también un infinito número de indios... Con este lucido y nunca visto acompañamiento, llegaron a la ciudad, repicaron las campanas de la Catedral y le siguieron las de todas las parroquias y conventos...”²²

MÍSTICAS, Y UNA TEÓLOGA

Hubo en México muchas religiosas y bastantes seglares que fueron agraciadas con experiencias místicas. Las conocemos por el cuidado que la Iglesia ponía entonces en discernir entre la mística auténtica y la falsa. Cada vez que aparecía algún hecho extraordinario en la vida contemplativa, los confesores y las superiores de las comunidades religiosas lo observaban con atención y pedían a quien lo experimentaba que consignara por escrito sus vivencias. Así nos han quedado las obras que fueron estudiadas y aprobadas por el Santo Oficio y los obispos: las de siete monjas y de una seglar soltera.

Es digno de mención este discernimiento de espíritus en un momento en que por un lado la mística era muy estimada, pero que por otro lado se prestaba a supercherías. En estas tierras novohispanas la mística captó a mujeres criollas, indias, mulatas y negras. Esto fue el resultado de la difusión de los grandes autores españoles en este campo, uno de los campos más importantes del Renacimiento Español en sus Siglos de Oro. Circulaban aquí las obras de fray Juan de los Ángeles, de fray Luis de Granada, del beato Juan de Ávila, de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa de Jesús y de la venerable María de Jesús de Ágreda. Influyó asimis-

22. F. de Villarreal, *Thebaida en poblado*.

mo en México el hecho de ser la primera evangelizadora la Orden franciscana, proclive a centrar la vida espiritual más en el corazón que en la razón. El primer arzobispo, fray Juan de Zumárraga, que pertenecía a dicha Orden, estimó que esa espiritualidad era la más apta para la mentalidad de los indígenas. Por ello se divulgó la literatura mística en los manuales de devoción y hasta en grandes tratados, incluyendo la *Escala espiritual* de Juan Clímaco (el primer libro impreso en México) y la *Mística teológica* del franciscano San Buenaventura, editada tres veces en el siglo XVI.

A fines de dicha centuria se iniciaron los escritos de las mujeres mexicanas, llegando a su apogeo en la siguiente, y hasta mediados del siglo XVIII. Estos escritos, por haber sido pedidos y hechos por obediencia, están muy lejos de querer sentar cátedra; al contrario, son de carácter muy íntimo y reflejan una humildad maravillada y agradecida a Dios por sus gracias: arrobos, revelaciones y unión con el divino Jesús, sin que falten los momentos purgativos de sequedad, abandono y noche oscura, ni los ataques del "enemigo". Algunas se expresan en prosa, otras en verso. Uno de los textos más conmovedores es el de María Inés de los Dolores Mora y Cuéllar (1651-1728), una ciega que a pesar de ello aprendió a escribir. Su romance parece aunar la doble "noche oscura" que aceptó con amorosa conformidad:

En aquella noche oscura,
en que a una alma sumergida
le parece que se halla
sin Dios, sin luz y sin guía,

...
¿no me dirás, buen Jesús,
imán dulce que me tiras,
por qué ocultaste tus luces
dejándome oscurecida?

...
¿Por qué me escondes tus rayos
si eres el sol que me anima?
¿Adónde estás, dueño mío,
adónde, que no me miras?

...
Mas si quisieras llevarme
por el camino de espinas,
flores serán de mi gusto,
que es el tuyo mi delicia.

...

Que si padezco en tu gracia
el tormento es alegría,
y sin ella los consuelos
son abismos de desdichas.

Dulce Jesús, yo por ti
quiero negarme a mí misma;
morir quiero a mis pasiones
porque de tu amor me privan.

No permitas se malogre
la sangre por ti vertida,
sino que sepa lavarme
y quedar del todo limpia.

En fin, si he de ser tu esposa
a tus amores unida,
crucificada contigo
quiero estar para mi dicha.

En general, estas escritoras místicas no sólo se refieren a la oración sino también a la vida cotidiana en medio de la cual se vieron arrebatadas, y vemos así cómo trataban de seguir la regla y el ritmo de las demás, de disimular sus místicos privilegios, siempre modestas y serviciales para con la comunidad y los pobres que acudían a ellas y cumpliendo los cargos y responsabilidades que se les confiaban. En cuanto a la mística seglar, doña Francisca de Carrasco Ramírez (1655-1725), se nos revela con los pies bien puestos sobre la tierra, sosteniendo a sus hermanas con su trabajo de aguja y dedicada a enseñar la doctrina a niños y personas sencillas de la vecindad. Viviendo en su casa, era terciaria dominica e hizo votos privados de pobreza, castidad y obediencia.

Digna de mención es la amistad a que dieron lugar las gracias místicas de la venerable Sor María de Jesús Tomelín (1574-1637), que principió a raíz de que, en su caso, no fue a ella a quien los superiores mandaron escribir, sino a otra monja de la comunidad: Sor Agustina. Cuenta ésta qué poca gracia le hizo el encargo de observar a Sor María y cómo le costó empezar a escribir, hasta que la observada se le acercó y le dijo:

Ambas, hija, cumplimos con la obediencia: tú con la del Prelado que te manda, y yo con la de Dios que gusta que se escriban las ma-

travillas que por su infinita bondad ha obrado y obra en esta vil criatura; y así bien, puedes proseguir de aquí en adelante sin recelo, pues es voluntad de Dios que yo te descubra a ti las mercedes que me ha hecho y hace, para que tú las escribas²³.

De ahí en más, una relataba y la otra consignaba, atentas a expresar "sólo la verdad". Y así nació una gran amistad, de aquellas que sólo se dan cuando los amigos tienen por meta común un altísimo valor: en este caso, esa "verdad" que tanto María como Agustina conocían en persona: Jesús, del que ambas estaban enamoradas. María ayudó a Agustina, y no sólo en el camino de la contemplación sino también en el de la caridad fraterna. Y Agustina señala que lo primero la hacía a María más lúcida para lo segundo: pues "lee en los interiores, y conoce así las necesidades de sus prójimos", adelantándose a sus pedidos. Poco antes de morir, María ratificó con su propia pluma la verdad del escrito, y lo firmó. Conmueve el entrañable intercambio espiritual de las dos amigas y el desenlace de su historia cuando, viéndose morir, María la llama a Agustina para "recibir juntas la comunión como acción final de la santa amistad que las había unido". A nosotros nos recuerda la amistad de San Basilio y San Gregorio de Nacianzo, incluso en el hecho de haber continuado la segunda en la vía espiritual de la que había desaparecido: Agustina fue considerada como excepcional mística y maestra de místicas. En cuanto a María, se le abrió proceso de canonización.

Por último, un caso en el que la mística se engarza en la teología: el de la excepcional dominica María Anna Águeda de San Ignacio Aguilar Velarde. (1685-1756). Nacida en la ciudad de Puebla de una familia cabalmente cristiana, a los 9 años hizo voto de virginidad y emulando a Rosa de Lima llevó vida eremítica en su casa. Adolescente, con sólo el rezo de la liturgia de las Horas aprendió el latín y empezó a nutrirse en los Padres de la Iglesia, especialmente San Agustín y San Jerónimo. Ingresó a un beaterio de la Orden dominicana luego elevado al rango de convento, donde profesó y del que fue varias veces priora. Estudiosa de Santo Tomás de Aquino, la conjunción de tomismo y patrística conformó su alma mística y dio un tono peculiar a sus múltiples escritos.

Según María Anna, la oración es el ámbito privilegiado para quien quisiere alcanzar la verdad. ¿Por qué? Porque en la oración

23. Sor Agustina de Santa Teresa, *Tratado de la vida y virtudes de la Madre María de Jesús*.

la verdad no es impersonal, sino el Dios vivo que entra en diálogo con el hombre de fe: lo llama, lo aclara y lo enamora. Caridad y fe van juntas a su encuentro: la caridad es la disposición que *habilita la vista del alma, esto es, el entendimiento*. Dios quiere darles vista a los hombres por la oración; se les entrega en la contemplación, y esto produce ulteriormente el discernimiento entre lo verdadero y lo falso, entre lo bueno y lo malo, entre lo bello y lo feo. Por ello la oración contemplativa es indispensable para orientar la vida:

Por eso mismo han menester oración, porque necesitan ver a la luz de Dios los negocios que tratan, no sea que por tratarlos a ciegas, los yerren. Todos han de orar —continúa— sea el que fuere, esté en el estado en que estuviere empleado, en cualquier oficio y ejercicio. Cuando el Señor dijo, "Conviene orar siempre", no señaló ni distinguió a quiénes les importaba, porque a todos en general les conviene...²⁴

Estos asertos, dignos de un San Francisco de Sales, hacen que María Anna fuese capaz de enseñar la oración no sólo a sus monjas sino también a cuantos acudían a ella a pedir consejo atraídos por su magnánima sabiduría, tanto gentes humildes como grandes personajes del virreinato. Ella enseñó a orar para conocer al Dios vivo a la luz de la fe e inflamarse en su amor, y así luego guiarse en todos los estados y oficios. Para las monjas escribió: *Modo de ejercer los oficios de obediencia con aprovechamiento espiritual*; y para laicos casados y con cargos públicos, la *Instrucción para el gobierno de su persona, oficio público y familia*. Esto nos revela una fe encarnada que se proyectaba entonces en todos los ámbitos de la existencia. María Anna es portavoz de esta valoración de la fe, capaz de impregnarlo todo, de orientarlo todo, de vivificarlo todo y conferir, como ella dice, *discernimiento, paz, serenidad y felicidad a esta vida y hacer dichosa la muerte*. Esta experiencia de una fe vivida a lo largo y ancho de la existencia, es la que le hace ex-
clamar:

Confésote y te alabo, Dios verdadero, inefable Trinidad, verdadera, e inseparable unidad en la substancia y en las personas trino. Yo te bendigo, glorifico y hago gracias con toda mi alma porque me hiciste hija de tu Iglesia santa, mi madre querida, alumbrándome con tu santa Fe. Fe amable, cuya tiniebla es resplandeciente, que hace lucir a la luz a tus hijos... Quien no te sigue, peligra. Quien te deja se pierde. ¡Oh Fe!, amable madre mía, ¿quién pudiera decir lo que

24. María Anna Agueda de San Ignacio. *De los misterios del Santísimo Rosario*.

me enseñás?... Tú me consuélas en las ansias de gozar al que por ti conozco... Mediante tu santa Fe te conozco a ti, te amo y espero gozarte en la vida eterna. Haced, Bien infinito de mi alma, que todas las naciones, gentes y generaciones gocen este bien de ser hijos de tu Iglesia, que todos te conozcamos y amemos en esta vida y te gocemos en tu gloria por toda la eternidad²⁵.

Quiere transmitir lo que ella vive; quiere ver difundida en todas partes y en todo tiempo esa fe que predica y confiere la Iglesia. He aquí una de las páginas más convencidas y emocionadas que por sí sola justifica la evangelización de nuestra América. Esta mujer del siglo XVIII, culta, inteligente y solidaria, ve que lo más importante que aquí ha venido, es la fe. No es el poder ni las riquezas: ¡es la fe nutrida en la oración! Fe que desnuda del amor propio y apetito de honra y vence los apetitos; fe que endereza las potencias y el entendimiento. Errores, desvíos, pecados, los habrá siempre; pero mientras haya fe, los hombres podrán corregirse y convertirse, y no para engreírse de una excelencia humana sino para orientarse a Cristo, para responder a su increíble amor redentor, para recibir su gracia liberadora con humildad y gratitud y tratar de dar a conocer a los demás las maravillas de este amor infinito.

Está es la clave de la enseñanza teológica de María Anna. No son buenas costumbres ni es filantropía lo que ella propone. Si bien expone razonadamente las virtudes, no lo hace por ellas mismas, sino en cuanto ayudan a responder al amor de Cristo. En un párrafo que merece figurar en las antologías de la mística y de la literatura, la cultísima monja mexicana se nos muestra en la línea de los teólogos del corazón que ella conocía —en especial San Agustín y San Bernardo— pero exponiendo esta doctrina a la manera de su siglo en el que apunta el culto del Sagrado Corazón de Jesús:

Sucedíome que, encendida en deseos de amar más y más, daba mi alma voces con grande afecto y decía: ¿quién me dará amor para amaros, Dios mío?, y diciendo esto, me mostró mi Señor su Corazón divino, abierto todo, hecho un divino incendio, y me dijo: "Aquí hallarás el amor"; metiéndome en aquel fuego, fue para mí como una mina de infinito amor. Yo meto en esta mina divina todas las almas y corazones, deseando que todas ardan, y arder yo con todas y en todos. Oh amor, que nunca satisfaces, nunca dices que se ha llenado tu deseo: mientras más sientes, más deseas, más ansias tienes de

25. Cit. por P. José Bellido, *Biografía de Sor M. Anna*.

amar, pero no es mucho, pues eres limitado y el objeto del amor es infinito; no puede saciarte el amor de todos los coros de los ángeles y santos y el de todas las criaturas. No me admiro que San Agustín deseara ser Dios sólo para amar a Dios; porque sólo su infinito amor, con que se ama dignamente, saciará y dejará descansar mi amor; gózome que te ames, Dios mío; como mereces ser amado, y este mismo amor te ofrezco pues no puedo tenerlo. Dame, Dios mío, que todas las almas se abrasen en esta mina, dame que todos los corazones se unan al corazón de mi Jesús. ¡Oh fuego, oh llama, oh incendio!, apodérate de todas las criaturas, arrebatános y llévanos en tus alas de fuego. ¡Ay, Dios! ¿por qué no te aman todos?; amante Señor, amante más y más; ¡venid, almas, que abierto tiene su Corazón mi Jesús: patente está la infinita mina del amor, a todos convida, gocémosle todos; atraed dueño y Señor, atraed todas las almas, ardan todas en la fragua del amor²⁶.

La fragua purifica los corazones. En esta concepción, no es el hombre el que se mejora a sí mismo, no son las instituciones lo que más importa, no es desde afuera que la sociedad se transforma. Es en el entrañable encuentro con el Dios encarnado, con Jesús; que continúa vivo en su cuerpo místico, la Iglesia. Y no sólo, la Iglesia vio en las obras teológicas de Sor María Anna una exposición de la más pura doctrina católica, no sólo se las publicó en vida²⁷; sino también toda la sociedad poblana se sintió interpretada en sus escritos y le rindió homenaje al morir: testimonio del espíritu de un pueblo que valoraba la fe como su bien supremo. Fe encarnada, hecha cultura y estilo de vida.

Pampa 3202
1428 Buenos Aires

26. M. Anna, *Cartas*.

27. Y después de fallecida las reunió todas bajo el título *Maravillas del Amor Divino selladas con el sello de la Verdad*, México, 1758.